

## LA VELA EN LA ALACENA

La vela dormitaba en la alacena de la cocina. Estaba pegada a un plato pequeño con el que un tiempo se servía café. Los apagones habían acumulado un pegote de cera que se extendía sobre gran parte de su superficie. Vela, enraizada a aquel manto blanco gelatinoso, se sentía plato, y el plato, también, algo vela.

Desde el interior, miraba un horizonte finito y redondo. Su memoria recordaba los momentos que fue manoseada en una fábrica, luego metida en una caja con otras velas hasta ser vendida en una ferretería. Siempre se preguntó el porqué de aquél mostachón de pelo tieso que sobresalía por encima de su cabeza. No supo la respuesta hasta que una lumbre se aposentó por primera vez sobre sus hombros. Aquél quemazón, aquellas gotas ardientes que se desprendían de sí misma, y que recorrían lentamente su cuerpo, le dolieron tanto que renegó desde aquel instante de su destino. Su mente se replegó a la fábrica, a la caja, a la ferretería, y a los primeros momentos de espera en la alacena. Su pensamiento se nutrió de introspección, recuerdos leves y nostalgia blanca compartida.

Vela aguardaba detrás de la puerta con una extraña mezcla de expectación, temor, y fortaleza. Siempre estaba alerta al empleo de sus servicios. Nada más sentir la quemazón, nada más notar que las gotas empezaban a desprenderse de su cuerpo recorriendo el fuste hacia el suelo, se agachaba angustiada recogiendo toda la cera derretida que aún no se había solidificado en su base para luego colocarla otra vez encima de su cabeza. Aquel ímprobo trabajo de construcción y reconstrucción la dejaba exhausta, mas nunca dejaba de soplar con fuerza a la lumbre prendida sobre su mostachón de pelo tieso para intentar apagarlo o, al menos, aflojar su intensidad y mitigar así su derretimiento. La idea monocorde que dominaba su conducta era evitar obsesivamente la merma de centímetros a toda costa.

Siempre aguardaba expectante tras la puerta de la alacena, siempre alerta, siempre ansiosa. Pero tanta duermevela acumulada la envolvió en un aspecto enfermizo. Su color blanco se tornó en una tonalidad hepático-amarillenta. Tampoco tenía el fuste liso y recto sino un cuerpo amorfo con estalactitas goteantes alrededor de su columna redonda. Su escasa energía la colapsaba con pensamientos depresivos. Su vida giraba alrededor de una misma idea, un mismo pensamiento, un mismo temor que le acompañaba en los despertares y en los amaneceres. Tamaño afán recolector de gotas derretidas en su base para no ver acortados los centímetros del fuste empañaba sus ojos y la enmudecía por dentro. Tanto mirar afuera le hacía extraña para sí. Se impedía ver y ser, ser y ver, a un mismo tiempo.

Una noche, el sistema eléctrico se apagó y fue necesario recurrir a Vela, aunque esa vez no estaba alerta. La acumulación de vigiliadas la había sumido en un sueño del que sólo se despertó cuando empezó a notar las primeras gotas de cera derretida sobre su fuste. Tanto cansancio acumulado bloqueó aquella reacción instintiva que se activaba nada más abrirse la puerta de la alacena. Y en lugar de emprender automáticamente los contusionismos recolectores de su base derretida, aguardó un momento, como queriendo aglutinar las pocas fuerzas restantes. Gran fue su sorpresa al comprobar que no reaccionaba instintivamente ante la quemazón de la cerilla. Al revés, una mezcla de sopor, cansancio y gotas derretidas le causaban una agradable paz interna. Decidió esperar y analizar sus reacciones. No replegó la mirada hacia la base empegotada sino hacia su mostachón de pelo único, sin sentir dolor alguno ante el temido contacto caliente.

Era la primera vez que Vela se observaba con sus ojos. Cerraba los párpados para sentir más el camino lento de las gotas derretidas y para más sentir el agrandamiento de su base alrededor del plato. La sensación de ensanche de sus raíces gelatinosas le hizo comprender lo que había hecho hasta entonces. El regocijo en el ayer, el no haber afrontado lo que no espera por sí solo, la había convertido en un fuste flaco, poroso y amarillento. La desesperada recolección de gotas derretidas para no decrecer centímetros de fuste nunca le permitió apreciar la realidad de las cosas, ni aceptar su destino, ni hacerlo. Las preguntas y las respuestas se agolpaban sobre su mente con una rapidez irrefrenable.

El interior de la vela era un fluir de sensaciones no experimentadas hasta ese momento. Ya no reflejaba su clásico tono hepático-amarillento sino un color blanco y reluciente. Tampoco soplabla a la llama impregnada en su mostachón de pelo único, al contrario, se mostraba para ella misma la lumbre que coronaba su cabeza con cierta majestuosidad enhiesta. Comprendió que había eludido su sustancia: dar luz, y que ello conllevaba la merma paulatina de centímetros del fuste. Sentía un placer indecible a medida que descendían las gotas calientes formando estalactitas alrededor de su cuerpo; casi orgasmicamente, con una fuerza interior que hacía brillar aún más la llama sobre su pelo negro.

A Vela ya no le importaba experimentar la disminución de centímetros y el rápido acortamiento de su estatura. Era feliz mirando el espectáculo de la vida hecha vida. De pronto, casi sin darse cuenta, se fundió entre la capa blanquecina del plato hasta cubrirlo por entero gelatinosamente. En breves minutos, sólo quedó un piturrito tieso sobre un ancho manto de cera

derretida. Sus ojos, perdidos entre un magma de capa blanca, miraban de reojo la llama encendida que aún se erigía sobre su mostachón de pelo único.

El sistema eléctrico volvió a encenderse. Un soplo de viento apagó la llama minúscula que aún prendía sobre el piturrito negro. Y un hilo fino de humo quemado quedó suspendido hacia el techo de la cocina.

Francisco Alemán Páez

Del libro “*Historias y Lugares*”, Ed. Plurabelle, 1997.  
Reescrito para el recital contra la Violencia de Género (11/4/12)